

# El educador de la fe y su inserción en la comunidad

M. DOLORES ALEIXA

Al empezar a reflexionar sobre el tema lo primero que se me ha ocurrido pensar es que estamos ante una formulación amplia.

¿Quiere decir que aquella persona que se siente llamada y preparada para ayudar a otros en el crecimiento de su fe no puede realizar esta misión sola y, por lo tanto, tiene que buscar una comunidad que le respalde y le potencie?

¿Quiere decir que el educador de la fe tiene que formar comunidades de alguna manera con aquéllos a quienes quiere educar en la fe. Es decir, ¿formar con ellos un grupo comunitario en el cual él mismo uno más y, por lo tanto, renuncia a un cierto tipo de liderazgo mucho más al autoritarismo y a la superioridad?

¿Quiere decir que caminamos hacia un nuevo tipo de comunidades en las que se viva más plenamente la complementariedad de funciones, o dicho con otro lenguaje: que la comunidad, si existe, tiene fe, y en ella hay unos miembros especialmente llamados a «nombrar» esa fe que se tiene en común, a decir las palabras que pueden ayudar a crecer en esa fe?

O quizá estamos ante un concepto más amplio que el de «comunidad cristiana» y lo que se trata de cuestionar es la inserción del creyente llamado a evangelizar en la comunidad humana su deber de estar enraizado en la amplia y larga humanidad, de participar en su destino y ser absolutamente solidario con ella, a la vez que consciente de la buena noticia que se siente llamado a anunciar.

Son perspectivas distintas de una misma realidad y puede ser interesante el reflexionar sobre la problemática que encierra cada uno de estos aspectos.

Empezaré por el que me parece que es más inmediato y el más obvio, o al menos ha comenzado a serlo para nosotros desde hace ya unos años:

## 1. El educador de la fe necesita una comunidad que le apoye y le potencie

Es decir, que hoy ninguna tarea, y menos la de educar en la fe, se puede hacer en solitario. Esto casi da vergüenza decirlo hoy, porque parece que estamos todos convencidos, pero con frecuencia se trata de un convencimiento que nos viene de fuera adentro, porque llevamos a la espalda muchos años de formación individualista, de costumbre de ser un poco «francotiradores». Nuestra sociedad tiene puesto el acento cada vez más en la libertad, la decisión, la persona, la autonomía, la tendencia a que cada cual viva a su aire. Nos falta toda una educación para la participación, la comunión con otros, la heteronomía. En la Iglesia, y en concreto en el campo de la vida religiosa, hemos sacudido muchos yugos estos últimos años, y bien sacudidos estén, porque no eran precisamente del Evangelio. Pero un cierto tipo de «libertad» puede encerrarnos en el egoísmo de nuestros propios límites. Queremos ser tan «yo», que no sabemos «ser para los otros», ni trabajar con otros, ni dejarnos ayudar por otros.

Y aquí podríamos derivar hacia el campo de la psicología y hablar durante mucho rato de la relación individuo-grupo, de las dinámicas que se crean, del papel de la comunidad en la realización de cada uno de sus miembros, de la soledad de muchos que llegan a desfondarse porque no han encontrado una comunidad que les acoja y les valore.

Entraríamos en el problema de si es más conveniente que coincidan la comunidad de vida y la de trabajo, etc. Y, por supuesto, desembocaríamos en la conclusión de que faltan verdaderas comunidades y que es importantísimo formarlas.

Pienso que todo esto más o menos lo sabemos y en estos últimos años hemos hecho de este problema algo central en nuestra vida: hemos leído libros y asistido a cursillos, hemos hecho dinámicas de grupo, hemos elaborado toda clase de teorías, hemos discutido, hemos probado muchos tipos distintos de comunidades y pensado a veces que la última solución iba a ser la panacea de todos nuestros problemas.

Pero precisamente porque no se nos han solucionado esos problemas, o por lo menos no todos, e incluso a veces han surgido otros nuevos, hoy hay mucha gente cansada y escéptica con respecto a la comunidad. Con frecuencia se llega a la conclusión de que la comunidad que de hecho se vive, por mil razones inconfesables, no tiene nada que ver con la «comunidad dispersa» de gente diversa con la que contamos para ayudarnos en la fe y hacernos caminar.

Creo que a esto hemos llegado por un concepto equivocado de la comunidad, por una mitificación que nos ha hecho tener de unas expectativas desmesuradas que, al no realizarse, nos han dejado desanimados y escépticos.

Hemos mitificado la comunidad como «*lugar de realización*» y, sin embargo, a ese nivel nos realiza más el trabajo, otros tipos de actividades, y en general todo aquello en que podemos ser nosotros mismos, y por eso también la oración, la amistad profunda y, tal vez, los grandes momentos de soledad. Tenemos conciencia de que la comunidad es muchas veces un lugar de desgaste de fuerzas y un espacio en que las rehacemos.

Hemos mitificado la comunidad como «*lugar de la confianza y la comunicación*» y hemos confundido una «comunidad de hermanos» con una «comunidad de amigos». No siempre es posible la comunicación a nivel profundo ni existe siempre el clima necesario para una apertura en total transparencia. Eso es un don, y el deber es tender que se dé siempre ese nivel que creo que es una equivocación que da pie a muchas tensiones y desilusiones.

Una cosa es establecer una relación real de fraternidad y de solidaridad y otra pretender quemar etapas o traspasar a la comunidad esquemas de una relación de amistad profunda.

Otras veces hemos mitificado la comunidad o, quizá mejor, «utilizado» la comunidad como «*espacio de respeto*».

Esta es una tendencia opuesta a la anterior, pero también bastante frecuente. Lo que fundamentalmente hemos pedido a la comunidad es que nos respete, que no se meta en nuestra esfera privada, que nos deje absolutamente autónomos en el campo de nuestras opciones y de nuestras actuaciones. Pero esta postura resulta ser la negación misma del principio de la comunidad en el punto de partida. La «barricada» en torno a nuestra vida es absurda si se pretende vivir en grupo. Una cosa es el respeto a las opciones que se hacen desde el Evangelio; al llegar a expresarlas «desde dónde» tomamos nuestras decisiones y nuestro estilo de vida, nace el respeto hacia las posturas que, en un último momento, quizá indeducible para otros, una persona llega a tomar. Ahí sí hay un paso que tenemos que respetar profundamente, por parte de la autenticidad última de la persona. Lo que no podemos pretender es actuar de una determinada manera y pedir respeto a nuestra opción sin más.

De ahí a vivir en solitario no hay más que un paso. Y es la misma la que suele salir más dañada.

Creo que hemos mitificado la comunidad también en otros aspectos, pero esto no quiere decir que se pone en tela de juicio su importancia fundamental. De lo que se trata es de recuperar su sentido desde más abajo del nivel psicológico y sociológico y de hacer de ella radicalmente «*el espacio de la fe*».

No sé si mi experiencia personal coincide con la de la mayoría de los que se dedican a la pastoral, pero no creo que a nadie le sorprenda el que diga que me parece algo muy difícil y hasta a veces francamente duro. Y con dificultades que van en aumento.

Aunque en esto las situaciones son muy diversas, me parece que en el ámbito escolar muchos aspectos de la pastoral están ya tocados de muerte y no creo que tenemos que lamentarnos de ello. Cada vez se va imponiendo más la convicción de que la escuela no es el lugar de la catequesis, sino que su ámbito preferencial es la comunidad cristiana. Pero todos sabemos también que con frecuencia esto es aún una bella teoría que no llega a concretarse en ninguna parte.

En muchos sitios la parroquia carece de fuerza de convocatoria, faltan catequistas preparados y la familia se inhibe de la cuestión.

Es frecuente encontrar en los educadores de la fe desánimo y desorientación en cuanto al ámbito en que desarrollar su tarea.

Por otra parte, y ya es tópico decirlo, estamos en un cambio tal de cultura a nivel mundial, que casi todos nuestros esquemas anteriores están sometidos a crisis.

El cambio sociopolítico de España en estos momentos es de tal categoría que es lógico que esté provocando un cuestionamiento total de nuestra línea de evangelización. Estamos pagando ahora las consecuencias de los errores que hemos cometido como Iglesia durante el «nacionalcatolicismo», y no va a ser fácil encontrar un camino honrado de actuación. Hay un rechazo ambiental ante todo lo que suene a imposición, manipulación, utilización de lo religioso como poder... Y aún no hemos tenido la creatividad ni quizá el tiempo suficientes para encontrar el nuevo camino de dar la buena noticia de Jesús como un «ofrecimiento libre». La sociedad española aún tiene muy presente el recuerdo de viejas y aún recientes opresiones y alberga muchas sospechas de que en los nuevos planteamientos pastorales no haya mucho de oportunismo y de tendencia a seguir haciendo «pastoral de cristiandad» como hace unos años.

Por esto y por muchas más causas, no es fácil ser educador de la fe hoy. Yo diría, aun sin querer dramatizar, que es una de las misio-

nes más duras que hoy se puede tener en la Iglesia. Por eso falta no sólo una gran talla humana para superar lo que podría llamar la «avalancha de la frustración», sino, sobre todo, con un grupo creyente en que se apoye esa «calidad de espera que tiene que tener el educador de la fe hoy.

Pienso que ahora entendemos mejor que nunca esa frase de F de que «la humanidad toda gime con dolores de parto, esta sometida a la frustración». Tenemos más presentes que nunca la magnitud de la injusticia en el mundo y, sin embargo, esta conciencia no es nada nuevo. El Antiguo Testamento es muy consciente de lo que podría llamarse la «triple ley de gravedad trante»:

- El futuro es siempre inferior a lo soñado.
- Cada progreso abre situaciones y dificultades nuevas. Cada conquista crea problemas nuevos.
- Cada situación nueva está amenazada de degradarse a situaciones antiguas de esclavitud.

Por eso precisamente necesitamos como comunidad creyente recordarnos unos a otros que, por encima de la experiencia mal, existe eso que Peter BERGER, el sociólogo de la religión, llama «un rumor de ángeles». Y que esto segundo es más fuerte y se manifestó en Jesús.

En medio de la negrura de la cotidianidad necesitamos con urgencia que nos ayuden a no perder la «memoria del origen».

Pienso que hoy ya no necesitamos tanto que en la comunidad alguien nos espere por la noche para interesarse por nuestros problemas y hacernos compañía durante la cena (estoy caricaturizando...) cuanto de que ese grupo, en los momentos de desfondo, recuerde aquello que está en el fondo de la vocación cristiana por lo tanto, de la evangelización:

- Que cuando trabajamos en la historia no esperamos el fruto. Y cuando lo esperamos, lo esperamos de Otro, no trabajamos con ello como fruto del propio trabajo.
- Que la plenitud se da como don: nuestro trabajo hace crecer el Reino, pero no lo gozaremos nosotros.
- Que ese Reino que ya está presente en la historia es mucho más lento que nuestra conciencia. El crecimiento da, pero el hombre no suele gozarse. Siempre dominamos nosotros la apertura a lo aún no conseguido.
- Que el motivo último de nuestro esfuerzo no es la esperanza intrahistórica del resultado, sino el amor. Los v

res de la justicia, la libertad, la reconciliación que acompañan la evangelización son valores en sí, los consigamos o no. Todo lo que sembramos de desinterés, de ternura, de acogida incondicional del hombre *queda*, independientemente del éxito que consigamos.

Aceptar esa caducidad no es cruzarse de brazos, sino inmunizarse a que esa frustración de la vida no sea la última palabra en nosotros.

Creo que todos partimos de estas convicciones a la hora de emprender la tarea de evangelizar. Pero en muchos momentos todo eso se hace oscuro y ante la perplejidad y la ambigüedad, es el grupo de creyentes quien tiene que ayudarnos a recuperar la esperanza y la fuerza para seguir adelante.

## 2. El segundo aspecto sobre el que podemos reflexionar es la relación «educador-comunidad» desde el punto de vista de «la inserción del educador de la fe en el grupo mismo de aquellos que pretende educar»

Por supuesto que es un nivel distinto, pero la palabra «comunidad» es muy amplia y ha habido tal cambio de perspectivas que no podemos pasarlo por alto.

Hasta hace no mucho tiempo se admitía de una manera acrítica con una especie de pasividad resignada el que alguien desde fuera se acercara a un grupo (niños, jóvenes e incluso adultos) «adoctrinarlos» y «pastorearlos». El maestro, el cura, el catequista gozaban de una autoridad indiscutible derivada de su función. Hoy eso se ha acabado y quizá podemos empezar a vivir lo que el Evangelio: «A nadie llaméis maestro, porque uno sólo es vuestro Maestro, el Cristo.»

Ha llegado la hora de bajarse de la tarima, del púlpito y del altar y de saber aprender con otros, descubrir con otros, redescubrir como discípulo y aprendiz con otros.

Pero tenemos que convencernos de que esto no es una nueva «técnica pastoral» o un truco psicológico para seguir siendo desautorizados tan directivos como antes. Por eso creo interesante aportar el testimonio de un historiador que, desde un punto de vista puramente secular, nos da una visión más amplia del problema.

En su *Estudio de la Historia* Arnold TOYNBEE examina los factores que explican el nacimiento, el crecimiento y finalmente la decadencia y la caída de una civilización. El nacimiento y el crecimiento se operan cuando una sociedad consigue afrontar de manera creadora el reto que se le lanza. Pero este camino creador positivo de la sociedad no proviene de un grupo entero, sino de una minoría creadora que, inspirada por una nueva idea, emprende la tarea de arrastrar al pueblo tras ella. Tiene que emprender maniobras y manipulaciones que animen a la mayoría inerte a salir de su inercia. Este camino es el del *mimetismo*: la mayoría pone en marcha a las órdenes de un jefe.

Pero precisamente porque provoca una reacción autoritaria, el mimetismo lleva en su germen el fracaso de una sociedad. En su lugar, el mimetismo es una respuesta a una sugestión que procede de una fuente extraña: los jefes proponen una serie de acciones que el pueblo nunca hubiera soñado ejecutar por su propia iniciativa. Por lo tanto, el resultado de tales maniobras sociales es ilusorio, porque no es una autodeterminación de una sociedad.

como tal. Lleva consigo una precariedad inherente: la interacción sana del individuo está falseada.

En segundo lugar, el mimetismo debería tender a un fin dinámico y a una adaptación a nuevas circunstancias que cambien constantemente, pero el proceso de manipulación favorece la esclerosis y el inmovilismo. La sociedad se incapacita para adaptarse a las nuevas condiciones.

Entonces, ¿cuál sería la alternativa por la cual una persona puede transmitir a otras una idea o una inspiración creadora? Dice TOYNBEE:

«Hace falta suprimir totalmente el mimetismo en una sociedad y transformarla en una "comunidad de los santos".» Inspirado en Platón, dice que hay una manera perfecta de transmitir una idea creadora a sus semejantes: «La comunión íntima, el intercambio íntimo que extiende el fuego de un alma a otra, como la luz que se enciende en una llama. Es el camino perfecto porque el alma abierta, una vez iluminada, nutre desde ese momento su propia llama.»

Pero esta realización que TOYNBEE no encuentra a nivel histórico podríamos redescubirla en la experiencia de la que habla Pablo en la carta a los Romanos: «Tengo muchas ganas de veros para comunicaros algún don del Espíritu que os afiance, es decir, para *animaros mutuamente con la fe de unos y otros*, la vuestra y la mía.»

Hoy sabemos que «nadie educa a nadie, sino que todos nos educamos a todos» y en el nivel de la fe esto es mucha más verdad, porque todos estamos en búsqueda y todos tenemos que aprender de todos.

Lo que se espera del educador de la fe no es un oráculo que posea todas las respuestas, ni un «guru» de quien depender. Se espera un hermano, un compañero de camino que ofrece a otros su experiencia creyente.

Mucho antes de que FREIRE Y ROGERS y FREINET enunciaran lo que hoy es el camino de la pedagogía, la vieja sabiduría de Lao-Tsé había dicho:

«El mejor maestro es aquel del que casi se ignora la existencia. Es menos bueno cuando todos le aclaman y bendicen.

Es peor aún cuando le desprecian.

Pero de un maestro que habla poco, cuando haya acabado su trabajo,

y cumplido su objetivo, el pueblo dirá:

«Esto lo hicimos nosotros.»»

### 3. El tercer aspecto del tema brota de considerar a la *comunidad cristiana como una comunidad «servicios complementarios», como un «ministerio corporativo»*

En Romanos 12, 5 leemos: «Nosotros, con ser muchos, unidos a Cristo formamos un solo cuerpo y, respecto a los demás, cada uno es miembro, pero con dones diferentes, según el carisma que nos haya dado: si es el de hablar inspirado, ejérzase en proponer a la fe; si es el de servicio, dedicándose a servir; si es el que enseña a enseñar...»

«Carisma» significa un don que por su misma naturaleza está orientado al todo social, al todo de una comunidad. En ella el carisma es a la vez don y limitación para los otros. El vivir en la comunidad invita a cada persona a descubrir y respetar el valor de la otra, a dejarse influenciar por ese fondo de verdad y reconocer que la que poseemos entre todos es mucho más plena que una de nuestras verdades individuales, y lo mismo la misión podemos realizar juntos. Así, ya no hay «judío ni gentil», sino personas diversas llamadas a descubrir su complementariedad en plenitud en Cristo resucitado.

Según esto, ¿cuál es el «carisma» del educador de la fe en la comunidad? ¿Cuál es su servicio específico? Pienso que podría mirarse en estos puntos:

- Es aquel que « nombra » la fe que tienen los otros y es a la vez el facilitador de la expresión de esa fe. Colabora a que los miembros de la comunidad expresen sentimientos cada vez más personales y a la vez más referidos al presente de su fe.
- Es aquel cuyo papel más habitual consiste en promover, animar y coordinar la reflexión comunitaria. Es cómo crear cauces donde con seriedad, con actitudes creyentes y orantes, con creatividad y con paciencia, se estimula el sentimiento, la vivencia y la expresión de las grandes verdades cristianas, tal y como la comunidad las vive. Y no de una manera fría y teórica, sino cálida, entrañable y sapiencial.
- Es aquel que tiene un poco de « profeta »: a veces tiene que ejercer la capacidad crítica tanto para la acusación como para la « consolación ». En la Biblia, en medio del presente desértico, el profeta ve más profundamente y hace nacer en ese desierto un poder de consolación. El profeta es también el hombre que rompe la corteza;

conformismo presente y crítica negativamente las posturas de una comunidad anquilosada y satisfecha.

- Es alguien que, a la vez que profeta, tiene algo de «cantor», es decir, alguien que posee la energía de la palabra. El canto tiene una dimensión de gozo, de alegría que es importante para que una comunidad tenga gana de caminar. El canto es imprescindible porque es preciso que alguien exprese los objetivos que la comunidad se ha propuesto, que estimule hacia ellos y dé el coraje de aguantar las dificultades que a la fuerza existen cuando una comunidad se ha puesto en marcha.

Y el educador de la fe ¿qué recibe de la comunidad?

Veíamos antes las dificultades de la educación de la fe hoy y la experiencia de insuficiencia personal que suele sentir el educador. Con frecuencia se desarrolla en él un sentido casi enfermizo de la responsabilidad, con un sentimiento muy fuerte de incapacidad para cubrir las expectativas que se tienen sobre él.

La comunidad entendida como «ministerio corporativo» le ayudará a tener cada vez más el sentido de *corresponsabilidad* que dará un sentimiento creciente de apoyo y realización.

Por otra parte, la presencia y la acción de otros carismas complementarios nos hacen caer en la cuenta de lo limitado del nuestro y dejamos de empeñarnos en ser «todos a todos», nos hacemos menos exigentes con nosotros mismos y más dilatados y sanamente relativistas.

Otra experiencia que se suele tener en el campo de la pastoral es la que podríamos llamar «de sentido único». Es decir, que el educador se entrega en cuerpo y alma al servicio de los otros, permite a otros de alguna manera «nutrirse» de sus fuerzas vivas, mientras que él se siente «sangrado» por esta experiencia. Su servicio tiene un sentido único: él da y los otros reciben. Frente a esa experiencia que deja en soledad, se trata de lograr en comunidad un proceso recíproco de «doble vía», en el que todos dan y reciben. La comunidad nos invita a hacer la experiencia de nuestra limitación y a la vez de nuestra plenitud mutuas. Trata de transformar los modelos instintivamente autoritarios de la presencia pastoral en otros más colegiales y corresponsables.

El vivir este proceso es lento, pero alegre. No es fácil llegar a ser solidarios y dejarse complementar. La «vida corporativa» pide mucho tiempo, respeto y paciencia.

#### 4. Finalmente, nos queda tocar, aunque sea r brevemente, el aspecto de «la inserción del e cadador de la fe en la sociedad secular»

Sería muy largo y muy complejo hablar del desafío que la civi ción actual presenta a la Iglesia. ¿Qué valores, qué modelo de presentamos frente a ella? ¿Qué signo hemos de ser? ¿Cua nuestra alternativa?

Centrándonos en nuestra situación concreta dentro de la soci española actual, yo diría que nuestro «talante» tendría que t los siguientes acentos:

- El acento en *lo colectivo* como alternativa frente al indivi lismo. Ha pasado el momento de los protagonismos y de lo roísmos aislados. La acción de uno sólo es prácticamente ir sible. Se requieren muchas acciones convergentes. Se trat una disciplina personal aceptada voluntariamente: la discip de no entrar en el individualismo, sino actuar colectivame aceptar el anonimato, saber ocultarse en la acción colec Sólo una acción colectiva puede ser testimonio veraz y ce de reunión para los demás. La palabra que pretendemos c no será oída si la pronunciamos como individuos aislados lamente será eficaz si de alguna manera puede hacer refere a un grupo que está tratando de vivirla.
- El acento en *el silencio*. Hemos abusado de la palabra y se ha vaciado el lenguaje religioso. Nos damos cuenta de q predicación cristiana a veces está vacía: son palabras, nunca ofrecen un modo de vida, algo que mueva a la gente cambio radical en su manera de vivir.

En este sentido creo que es suficiente citar aquí las pala desafiantes de un no creyente comprometido en la lucha la liberación de sus hermanos. Uno de los muchos que y creen en lo que los cristianos creemos. Pero que quisiera, cierto, poder creer en nosotros:

«En el día en que logréis transformar  
vuestros muchos sustantivos abstractos  
en pocos sustantivos y concretos,  
con sustancia experimentable,  
quizá vuelva a tener sentido  
que nos habléis de Cristo y de Dios.  
En el día en que se haga verdad proclamable y sinc  
"la Justicia plantó su tienda entre nosotros"  
y "el Amor habita entre nosotros",

quizá haya base de experiencia para nombrar lo que en vuestra Biblia se llama "el nombre de Dios".»

- Y, sin embargo, no podemos confundir el silencio con la timidez. Por eso lo del acento en la *audacia*.

Es cierto que los cristianos tenemos que reconocer lo discreto de nuestro papel en la sociedad por lo que toca a soluciones temporales; que no pretendemos ser en la sociedad más que un grupo que colabora en sus tareas con la misma seriedad y empeño que otros grupos no creyentes. Que lo fundamental es acercarnos, como el samaritano, al hermano herido por la marginación y la injusticia, y saber acompañarle hasta el final y ocuparnos de las causas de sus heridas. Es ahí donde se juega fundamentalmente la autenticidad de nuestro cristianismo, y sin eso toda palabra se queda hueca de contenido.

Pero quizá, después de ese camino recorrido con el otro, el camino que pasa por la lucha por la justicia y la liberación, no podemos olvidarnos de decirle al hermano herido que Dios es quien va a curarle sus heridas más profundas. Quizá entonces, y sólo entonces, podremos tener la audacia de decirle: «Dios es mejor que mis vendas.»

- El acento en el *humor*. Porque todos estamos hoy un poco nerviosos y en esa carrera hacia el nerviosismo ciertamente salimos como «favoritos», por usar un lenguaje hípico, los educadores de la fe. Hay una cierta tendencia a dramatizar, a subrayar el «sentimiento trágico de la vida», a creernos que se nos va la educación cristiana de las manos, que todo va mal y que el porvenir se presenta negro.

Quizá por eso es el momento para el humor, no como evasión superficial, sino como «lugar teológico». Tenemos que hacer el esfuerzo de abandonar el patio estrechito y raquítico en que nos movemos y salir a esa gran pradera que es Dios.

Porque Dios es como una gran pradera en la que cabemos todos, por la que se nos invita a correr, a respirar a pleno pulmón, a ver el horizonte con perspectiva y distancia, a sentirnos un poco menos responsables y un poco menos importantes. Entonces, a lo mejor, nos atrevemos a reírnos un poco de nosotros mismos, a dar alguna voltereta por la hierba, a experimentar que lo de «ser niños» es más serio que nuestros esfuerzos de seriedad. Que estamos invitados a una fiesta y que para entrar en ella tenemos que ponernos ese vestido que con tanta fre-

cuencia guardamos apolillado en el armario y que tiene los valores de «la libertad, la alegría y el juego»...

- Y, por último, el acento en *la utopía*.

Sólo voy a referirme para hablar de ella a una anécdota personal que quizá os resulte un poco absurda, pero que para mí tiene mucho significado.

Durante casi un año tuve que estar pasando a diario en el autobús por delante de un muro inundado de toda clase de pintadas, casi todas borradas concienzudamente (era hace unos cuarenta años). Sólo se leía una en que ponía: «Viva Croacia libre.» Posiblemente el empleado encargado de las tachas no consideró necesario gastar pintura en borrar la frase, lo probable porque ignoraba dónde está Croacia, cosa por la que no tiene nada raro en la cultura del español medio.

Lo que a mí me ha hecho pensar mucho es la categoría humana del ciudadano croata, preocupado por la liberación de su patria que se acercó a aquel muro alguna madrugada con su cuerpo negro para expresar su fe en la libertad de su patria, que arriesgó a pasar el resto de la noche en la Dirección General de Seguridad y, sobre todo, que tuvo la audacia de creer que su inquietud suya por Croacia podía ser compartida por un transeúnte que, al leer la pintada, reflexionara sobre la existencia de esa opresión y se lanzara a la lucha por su liberación. El autor de la pintada es para mí el símbolo y el prototipo del hombre utópico. Porque ser utópico es poseer las dimensiones de gratuidad, de riesgo, de apuesta por lo imposible, de esperanza.

Y la utopía cristiana es eso. Pero, a la vez, es mucho más que eso. Porque Jesús es la condición de posibilidad de la utopía humana.

La humanidad nueva ha aparecido en él y ha sido «insertada» en el seno de la vieja humanidad. En El tenemos las raíces de nuestra «Croacia libre», porque El es el Hombre Nuevo. Y por eso nuestra lucha por el hombre nuevo tiene sentido.

**L**A escuela de los Hermanos debe caracterizarse, pues, por el interés que manifieste a los alumnos, utilizando para ello todos los recursos de la psicología y pedagogía, de modo que a cada uno se le trate en consonancia con su ser individual. Esta atención se dirigirá a toda la persona de cada joven; hay que preocuparse, pues, por conocer su medio familiar, su temperamento, aptitudes y gustos particulares, bien lejos de limitarse a considerarlo meramente como alumno, y a estimarle por su rendimiento escolar. El Hermano se aplicará también, cada día más cuidadosa y deliberadamente, a descubrir y desarrollar los talentos particulares de sus discípulos, en vez de fijar la atención en sus faltas o defectos.

De ese modo, tenderá la escuela a constituirse por sí misma en comunidad humana, dentro de la que jóvenes de origen y condiciones sociales o familiares diferentes puedan educarse unos a otros en lo relativo a la comprensión ajena, al conocimiento mutuo, a la amplitud de miras en todo, gracias al diálogo, a la aceptación realista de la singularidad y de las limitaciones de cada uno, al espíritu de servicio, al instinto de la justicia y del amor fraterno.

Con el fin de demostrar su carácter comunitario, esfuércese la escuela de los Hermanos por promover la libertad de los jóvenes y de inducirles progresivamente a tomar a su cargo su propia formación. La educación de la libertad se facilita por la naturaleza de las relaciones que se establecen entre educadores y educandos, por la organización de la disciplina y aun por el estilo mismo de la enseñanza. El aprendizaje de la libertad resulta inseparable de la formación de los jóvenes en lo relativo a la responsabilidad: consígase, pues, que desempeñen papel activo en la vida de la escuela, en la disciplina y en el trabajo. Con miras a que la emulación

no se transforme en rivalidad ni ambición triunfalista, instáurese preferentemente la pedagogía del trabajo por grupos, basados en la confianza, la responsabilidad y espíritu de colaboración.

La comunidad escolar sólo podrá surgir si existe de antemano la comunidad educadora, cuya riqueza depende de la diversidad y unidad entre sus miembros. Por lo cual, deben colaborar gustosos los Hermanos con los seglares, que suministran a la comunidad educadora la aportación irremplazable de su conocimiento del mundo, de su experiencia familiar, cívica y sindical. Procedan de tal modo, que los maestros seglares estén en condiciones de ocupar dignamente su puesto en toda la vida de la escuela: en la catequesis, los movimientos apostólicos, las actividades periescolares, aun tal vez en las responsabilidades administrativas y de dirección.

En fin, pongan todo su empeño los Hermanos por que el sacerdote ejerza en las mejores condiciones su ministerio, tanto en lo relativo a la animación espiritual de la comunidad educadora, como en la formación cristiana de los alumnos.

La pedagogía de la libertad en ningún otro dominio es tan indispensable como en el de la educación de la fe. La escuela cristiana aspira a imponer lo menos posible: propone, sin forzar, las posibilidades infinitas que ofrece la vida según Jesucristo; anuncia la Buena Nueva del Evangelio a cada uno según cada cual puede entenderla, sin actitud proselitista, aunque tampoco tímida, y dentro del más absoluto respeto a la libertad. A quienes ya han oído y acogido el llamamiento de Jesucristo, los educadores les explicarán sus misterios, y trabajarán por robustecer en ellos la fe y la vida cristiana.

*Declaración sobre el Hermano en el mundo actual.*